


OA

Pi

TU

LO2



El sol comienza a asomarse por detrás de las colinas cuando llego a la granja y estaciono la camioneta de papá a un lado de la entrada cubierta de lodo. Acciono el freno de mano y me quedo observando una de mis vistas favoritas: la plantación de árboles de Navidad comienza a pocos metros de la ventanilla del conductor y se extiende por cientos de metros sobre las colinas. Del otro lado de la camioneta, nuestro campo cubre aproximadamente la misma distancia. A los lados del terreno, se pueden ver otras plantaciones de árboles.

Cuando apago la calefacción y salgo del vehículo, siento que el frío me cala hasta los huesos. Me recojo el cabello y me hago una coleta bien apretada, la escondo en la parte trasera de mi inmenso abrigo invernal, me pongo la capucha y la ajusto bien fuerte.

La resina de los árboles expulsa un aroma fuerte en el ambiente húmedo, y siento cómo el lodo se pega en mis botas pesadas y las ramas se me enganchan en las mangas cuando intento alcanzar el teléfono que guardo en mi bolsillo. Marco el número de mi tío Bruce y, con el hombro, presiono el móvil contra mi oreja, mientras me coloco los guantes para trabajar.

Cuando me atiende escucho su risa.

–¡Seguramente no te tomó mucho tiempo llegar hasta allí, Sierra!

–No estaba manejando tan rápido –le respondo. A decir verdad, tomar esas curvas y deslizarse sobre el lodo a gran velocidad es algo muy tentador como para resistirse.

–No te preocupes, cariño. Yo he hecho eso muchas veces.

–Te vi hacerlo, por eso supuse que sería divertido –le contesto–. En fin, ya estoy cerca del primer grupo.

–En un minuto estaré allí –me asegura y, antes de colgar, escucho que enciende el helicóptero.

Del bolsillo de mi abrigo, tomo un chaleco reflectante naranja y me lo coloco encima. La cinta de velcro en la parte frontal lo mantiene fijo en su lugar, de este modo, mi tío podrá verme desde el aire.

Cerca de doscientos metros delante de mí, puedo escuchar el zumbido de las motosierras mientras los trabajadores remueven del suelo los troncos restantes de la producción de este año. Hace dos meses, comenzamos

a marcar los árboles que queríamos cortar. Los señalamos atando, en una rama cerca de la copa, un listón de plástico, que puede ser de color rojo, amarillo o azul, dependiendo de la altura del árbol. De esta manera, podemos diferenciarlos a la hora de cargarlos en las camionetas. Aquellos que no están marcados los dejamos en su lugar para que continúen creciendo.

A lo lejos puedo ver el helicóptero rojo que se acerca a mí. Mamá y papá ayudaron a mi tío Bruce a comprarlo a cambio de que les facilitara la tarea de mover los árboles recién cortados. De este modo, no se arruina el terreno por los nuevos caminos de acceso, y nos aseguramos de entregar el árbol aún más fresco. El resto del año, lo utiliza para realizar vuelos turísticos por los acantilados de la costa. Incluso, algunas veces lo llaman para hacer de héroe y encontrar a algún excursionista perdido.

Luego de talar cuatro o cinco árboles delante de mí, los trabajadores se encargan de recostarlos uno al lado del otro sobre dos largos cables, como si los pusieran sobre las vías del ferrocarril. Luego, continúan apilando más árboles encima de los primeros hasta juntar una docena. Por último, sujetan la pila con los cables y la aseguran con un tensor antes de moverla.

Ahí es cuando aparezco yo.

El año pasado fue la primera vez que papá me dejó hacer esto. Yo sabía que él sentía que era un trabajo muy peligroso para una chica de quince años, pero no se animaba a

decirlo en voz alta. Sin embargo, algunos de los chicos que se encargan de cortar los árboles son mis compañeros de la escuela, y a ellos los deja usar motosierras.

Se oye el sonido cortante de las hélices del helicóptero cada vez más cerca. *Tzutzu-tzutzu-tzutzu-tzutzu*. Mi corazón comienza a latir a la misma velocidad que las hélices a medida que se acerca el momento de enganchar mi primer lote de la temporada.

Me paro a un lado de la primera pila y comienzo a mover los dedos dentro del guante. Puedo ver cómo los primeros rayos de luz se reflejan en la ventanilla del helicóptero, que arrastra por el aire un pesado gancho rojo sostenido por un largo cable.

Mi tío aminora la marcha a medida que se acerca y presiono mis pies contra la tierra con fuerza. Por encima de mí, se puede sentir el estruendo de las hélices. *Tzutzu-tzutzu-tzutzu-tzutzu*. El helicóptero desciende lentamente hasta que el gancho de metal alcanza las hojas de los árboles recostados. Levanto el brazo sobre mi cabeza y hago un gesto circular para que baje más el gancho. Cuando desciende algunos centímetros, tomo el gancho, lo paso por debajo de los cables y me aparto dos pasos hacia atrás.

Al mirar hacia arriba, puedo ver que mi tío Bruce esboza una sonrisa. Le hago una señal y me indica con el pulgar que todo está bien, y se marcha. La pesada pila de árboles se levanta del suelo y desaparece en la distancia.



Por la noche, la luna creciente brilla sobre nuestra casa de campo. Al mirar por la ventana de arriba, me maravillo con las colinas que se pierden en la profundidad de la noche. De niña, solía pararme aquí y fingir que era el capitán de un barco que observaba el océano de noche, con sus olas, por lo general, mucho más oscuras que el cielo estrellado arriba.

Esa imagen permanece siempre igual gracias a la manera en que organizamos la plantación. Por cada árbol que cortamos, dejamos cinco en pie y plantamos un nuevo brote en su lugar. En seis años, cada uno de estos árboles habrá recorrido todo el país para convertirse en la pieza principal de cada hogar durante las fiestas.

Es por eso que mis vacaciones tienen otro tipo de tradiciones. El día anterior al Día de Acción de Gracias, con mamá estaremos viajando hacia el sur para reencontrarnos con papá. Luego, tendremos la cena de Acción de Gracias con Heather y su familia. Al día siguiente, comenzaremos a vender árboles desde la mañana hasta la noche, y no nos detendremos hasta Nochebuena. Esa noche, ya exhaustos, nos repartiremos un regalo a cada uno. No hay lugar suficiente como para guardar muchos regalos en nuestra casa rodante Airstream, nuestro hogar-lejos-del-hogar.

Nuestra casa de campo fue construida en la década de 1930. La escalera y el piso antiguo de madera hacen que sea imposible bajarse de la cama en medio de la noche sin emitir ningún sonido. Por eso, al bajar las escaleras, me mantengo cerca del borde para hacer el menor ruido posible. Estoy a tres pasos de la cocina cuando mi mamá me llama desde la sala de estar.

–Sierra, tienes que descansar al menos unas horas antes del viaje.

Cuando papá no está, mamá se queda dormida en el sofá con la televisión encendida. Mi lado romántico me dice que su habitación se siente muy solitaria sin la presencia de papá. Mi lado no romántico me dice que se duerme en el sofá para hacerse la rebelde.

Me cierro el salto de cama y me pongo unas zapatillas harapientas que hallo a un lado del sofá. Mamá bosteza y levanta el control remoto del suelo. Apaga el televisor y la habitación se oscurece.

Enciende una lámpara que se encuentra junto al sofá.

–¿A dónde vas?

–Al invernadero –le respondo–. Quiero traer el árbol aquí así no nos lo olvidamos.

En lugar de cargar el auto la noche antes de partir, colocamos los bolsos cerca de la puerta principal para poder revisarlos una vez más antes del viaje. Una vez que tomamos la autopista, nos espera un tramo muy largo como para volver hacia atrás.

–Luego te irás directo a la cama –me ordena mamá. Al igual que yo, también tiene problemas para dormir si está preocupada por algo.

–Si no descansas, no te dejaré conducir mañana.

Se lo prometo y cierro la puerta principal mientras me aprieto aún más la bata para cubrirme del aire frío de la noche. El invernadero seguramente está más cálido por dentro, pero solo voy a estar allí tiempo suficiente como para tomar el pequeño árbol, que hace poco trasplanté a una maceta negra de plástico. Me encargaré de guardar ese árbol junto al equipaje para plantarlo con Heather luego de la cena de Acción de Gracias. Con este ya habrán sido seis los árboles de nuestra granja que ahora crecen en la cima de los *Cardinals Peak*, en California. La idea para el próximo año es cortar el primero que plantamos y regalárselo a la familia de Heather.

Esa es otra razón por la cual esta no puede ser nuestra última temporada allí.